

El cadáver como objeto

MARILUZ MORALES

Mi experiencia con los cadáveres proviene del trabajo en Patología Forense en el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. En nuestro país, con una legislación similar a la desarrollada en todo el continente americano, es requisito legal la práctica de una autopsia medicolegal obligatoria en personas fallecidas por muerte violenta o cuando no hubo tratamiento médico por una enfermedad cuyo curso natural puede causar la muerte.

En este contexto, por orden legal y para administrar justicia, se examinan los cuerpos muertos de personas de todas las edades y condiciones, como requisito para obtener la certificación de la muerte y para disponer de los restos. Sin tener en cuenta las resonancias psicoanalíticas de la palabra objeto, es obvio, sin más preámbulo, que el cuerpo muerto cumple de lleno su definición de diccionario común¹: es “algo que puede ser visto o sentido, que puede ser percibido o examinado, que suscita una respuesta emocional (piedad, dolor) y, en algunas ocasiones, meta o propósito”. O la de Foucault: “forma contemplada para describirla, cosa investida por un lenguaje, elemento para conocer la realidad”².

Sin embargo, por acostumbrado que uno esté y a menos que se sea uno de esos médicos inconscientes y presuntuosos que creen ciegamente en los avances de la ciencia y que no vacilan en asumir que el hombre es sólo un manojito de células conectadas por el cerebro y gobernadas por el DNA, sus mutaciones y evolución, es inevitable un latigazo de reflexión provocado por la vista de esa sala blanca, revestida de baldosas y anegada en luz, en la que yacen cuerpos humanos abiertos en canal a los que se aplica una técnica antigua, la autopsia, motivo de extensos tratados y pilar de la medicina.

En ella, con una mezcla llamativa por su heterodoxia que abarca desde la segueta para abrir el cráneo hasta los más complejos estudios microscópicos y químicos, aplica-

¹ Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana, Barcelona, Espasa Calpe, t. XXXIX, 1920.

² MICHEL FOUCAULT, *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

ción de prácticamente toda tecnología disponible, se explora el cuerpo avanzando por capas, desde las prendas de vestir hasta la superficie externa y de corte de cada órgano. Se pueden explorar todas las cavidades y superficies del cuerpo, las fibras, tejidos y moléculas, para reconstruir, como en un rompecabezas, la imagen de una vida y sus momentos finales, la aproximación a una verdad.

Así como los hepatólogos del siglo XVIII que dieron origen a la anatomía patológica leían el futuro en las vísceras de los animales, el patólogo actual lee el pasado inmediato en la morfología corporal. Si se dispone del dinero requerido, de un interés específico y de la paranoia necesaria, se puede analizar, fragmentar, escrutar y estudiar un cuerpo hasta extremos increíbles. Y esta búsqueda no queda ahí, incluye el lugar en donde ocurrió la muerte –la escena de los hechos– y la historia que los rodeó.

Lamentablemente, lo mismo que para los mejores textos, es más difícil desarrollar la capacidad interpretativa, que pone en juego conceptos y apreciaciones filosóficas más o menos complejas, que acudir a la tecnología sofisticada. Así, la aplicación de la ley basa decisiones serias y trascendentales para la vida social y de grupos aislados en hallazgos sustentados en diferentes maneras de leer los hechos escritos en esos cuerpos, en las que se entrecruzan, con un límite bastante difuso, los aspectos reales, físicos y patológicos de la muerte con un contenido simbólico, fantástico, separados entre sí únicamente por la ilusión del conocimiento científico, de la razón como verdad.

A pesar del interés rayano en la fascinación por la intrusión en los últimos momentos de alguien, mucho mayor si se trata de una muerte violenta, que se hace evidente en el sin fin de novelas y programas policíacos, es motivo de escrúpulo el referir en un ambiente ajeno al nuestro los pormenores de la práctica de la autopsia, que serán considerados nauseabundas rarezas, de los que las personas normales apartan la mente horrorizadas.

Dejando de lado cualquier vanidad es necesario admitir que, aún para los otros médicos, inclusive para los patólogos dedicados a ramas más prestigiosas, como los que investigan en laboratorios de genética o en aquellos en los que se estudian las piezas quirúrgicas resecaadas a un cuerpo humano aún viviente, el patólogo forense cuyo trabajo se realiza en la morgue, está colocado apenas a un escalón del carnicero con el cual comparte el arte de la disección.

Y no lo llamo arte con ironía: hay en esa morfología, a simple vista, aspectos increíblemente bellos que hicieron decir al poeta:

“Harto ya de alabar tu piel dorada
tus externas y muchas perfecciones,





canto al jardín azul de tus pulmones
y a tu tráquea elegante y anillada

Canto a tu masa intestinal rosada,
al bazo, al páncreas, a los epiplones,
al doble filtro gris de tus riñones
y a tu matriz profunda y renovada

Canto al tuétano dulce de tus huesos,
a la linfa que embebe tus tejidos,
al acre olor orgánico que exhalas

Quiero gustar tus vísceras a besos,
vivir dentro de ti con mis sentidos...
iyo soy un sapo negro con dos alas!"³.

En las preparaciones para el microscopio la belleza se redobla debido a las coloraciones, de sugestivo nombre, como el azul rápido de Luxol que colorea de azul añil la mielina con un contraste en fondo negro, o el tricrómico de Masson que torna rojo el músculo, azul el colágeno y amarillo los nervios, o pueden observarse formas de maravillosa y compleja arquitectura que podrían describirse en términos poéticos, coloreadas con sustancias de origen vegetal como la hematoxilina-eosina: tal el caso de la médula ósea que parece un jardín de piedra japonés.

Apreciación estética vedada para personas ajenas a la relación íntima, establecida por el tacto, a través del cual surge la familiaridad que llegamos a tener con las formas, consistencias y minucias de las entrañas de ese cuerpo que exploramos, intimidad como la que tiene el orfebre con su obra. En contraste, la sola palabra morgue, con ese algo de suciedad inherente a ella, es considerada de mal gusto y procura en vano reemplazarse por el término "sala de autopsias".

Independientemente de todo ordenamiento legal, de toda justificación científica y de la educación de quien tenga que ver con algún aspecto relacionado con el cadáver, el patólogo, el disector y el funerario son considerados parte de algo casi tan aterrador como el descuartizamiento en los crímenes en que el homicida quiere deshacerse del cuerpo o recuperar la mercancía que ha empacado en él, como en las llamadas "mulas" del narcotráfico.

Sólo para el doliente, el cadáver no es ni objeto de estudio ni cúmulo de inmundicia, ni motivo de filosofía y horror porque nos recuerda, como dijo Morgagni⁴,

³ BALDOMERO FERNÁNDEZ MORENO, "*Soneto A Tus Vísceras*", Poeta argentino, 1886-1950.

⁴ JEAN BAPTISTE MORGAGNI, patólogo italiano del siglo XVIII.

las certidumbres de la vida (que todos moriremos) y las incertidumbres de la muerte. Como lo demuestran los destrozos y afrentas al cuerpo de la persona víctima de los llamados asesinos sexuales, también desaparecen el horror y el asco cuando el cadáver es objeto de placer: en esos cuerpos se lee la falta de obstáculo para disfrutar del cuerpo del otro (vivo, muerto como si estuviera vivo, convertido en cosa para usarlo al antojo), llevando a la realidad las más crudas descripciones de las fantasías primitivas infantiles: de devoración, despersonalización o fragmentación.

Lo que resulta perturbador en este punto es que psíquicamente no hay una diferencia de estado precisa, clara, entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto. Por un breve lapso, uno o dos días a lo más, ese cuerpo subsiste como entregado a la muerte, el cuerpo vivo y el cuerpo muerto se sobrepone como imagen. En ese lapso, terreno de sombra nutrido por la fantasía, pareciera que lo que se hace al cuerpo muerto se hiciera al cuerpo vivo. Ese cuerpo es, en ese instante por última vez, quizá tan fugaz como lo ha sido durante el resto de su existencia.

Puede comprenderse así, al ver la propia imagen en la de un semejante que ya sufre nuestro renegado destino mortal, el engaño, de todos conocido y por todos ansiado, de perpetuar aunque sea un poco más, la imagen del ahora difunto: se acude, no sin beneficios económicos para la industria, al maquillaje, al mejor traje; se ofrece el mejor lecho posible e incluso se nos pide, sin distingos de educación, por parte de quienes no pueden atravesar la puerta de la morgue, que brindemos compañía y el mejor trato posible, inclusive una autopsia “cariñosa” a ese cuerpo del que aún no se produce la separación.

El lapso en que no es clara la diferencia de estado entre el cuerpo vivo y el muerto, o en que el cuerpo descompuesto obliga a acelerar toda maniobra destinada a deshacerse de él, genera la vasta literatura sociológica en relación con los ritos funerarios, incluidos en el capítulo de ritos de pasaje, de transición.

Esta transición se expresa en el lenguaje, aséptico y reglado, tan común en documentos investigativos y judiciales: el tiempo de los verbos es extremadamente irregular, saltando entre el pasado y el presente de renglón a renglón, y ni siquiera es posible encontrar una única palabra que designe apropiadamente al fallecido; se denomina precedido del tiempo: “el ahora fallecido caminaba por el andén cuando...”, “el hoy occiso...”.

En cuanto a los ritos funerarios que observamos desde nuestra experiencia tanto en casos individuales como en el manejo de desastres masivos, traducen la necesidad social de abordar la muerte, no solamente como hecho físico sino también como hecho social. Desde este punto de vista y para el deudo, sin distingos de clase, la persona no está plenamente muerta hasta que no se han completado los



rituales apropiados para cada grupo. Si esto no es posible, obedece a razones de fuerza mayor: coacción, intimidación, temor (muertes violentas en enfrentamientos armados en los llamados grupos al margen de la ley) y pocas veces, las menos, limitaciones económicas.

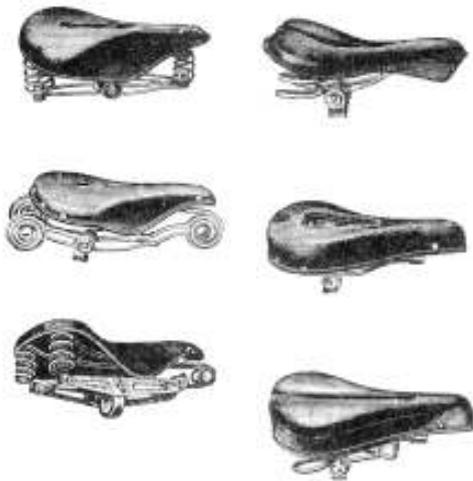
Como parte de tales ritos, el cuerpo de un difunto es cuidadosamente preparado de diferentes formas para disposición final, según las culturas. Sin embargo, es significativo en el mismo sentido de identificación con el cuerpo de un semejante, más allá de toda razón conocida, que todas las culturas, incluyendo la nuestra, prescriban un tratamiento especial para un cuerpo que es improbable que aprecie o se beneficie de tales esfuerzos.

De todos modos, esos rituales ayudan al alma del difunto a asumir la existencia que a su entorno le parece apropiado para el aspecto espiritual de una persona, para esa parte que ni se descompone ni se quema y que es, como común denominador, pensada como dejando los restos físicos después de la muerte. En nuestro país, ellos no escapan a la tradición, con los lentos cambios propios de los ritos de paso, cuidadosamente controlados en la medida en que pueden retar las normas y la estructura social.

Sin embargo, la forma de aplicar o de impedir el ritual revela el afecto propio de cada relación particular; en ellos también se deja ver la marca de las relaciones previas a la muerte. El afecto subsiste ante el cadáver y el cuerpo no es ni más ni menos objeto que cuando la persona estaba viva, de lo que depende el trato que recibe *post mortem*. En este sentido es notable la consistencia entre la forma de vivir y el tipo de muerte y el manejo que se da al cuerpo. Ejemplo de esto es el padre o madre que no vacila en besar el cadáver de su hijo que exhibe todos los signos de la descomposición, o el odio expresado en el ataque al cadáver del combatiente del grupo contrario.

Es tendencia moderna, originada en Estados Unidos, *personalizar* el funeral, bien sea colocando fotografías del difunto en la sala de velación, música de su predilección o una decoración con su vehículo o su juguete favorito. También se graban estos objetos en las lápidas. El objetivo es evitar que las personas sean tratadas como si todas correspondieran a un mismo molde, evitar un obituario igual para todos en el que sólo cambia el nombre del difunto, que a éste le sean colocadas prendas que nunca portó cuando estaba vivo o que el sermón funerario sea llevado a cabo por alguien que no lo conoció y por lo tanto no puede decir algo especial sobre el fallecido⁵.

Tal necesidad de singularidad contrasta con la pérdida de la individualidad en las cifras en que el cadáver es usado como “indicador” de violencia o, ¿por qué no?, como unidad de eficiencia, manifiesta en frases como “dados de baja” o “queremos que cuando usted dispare, esté seguro de dar en el blanco”, eslogan de una conocida marca de armas de fuego.



⁵ CHRISTINA LEIMER, “The Tombstone Traveller’s Guide” en *Tombstone Traveller’s Guide Home*, november 12, 1996.

Si queremos referirnos al cadáver como objeto estaremos permanentemente en referencia al cuerpo, con las investiduras y significados propios del núcleo en el cual vivió, en un entrelazamiento de imposible disolución. Una vez más resalta la inextricable relación entre la vida y la muerte: Bichat⁶ describió la muerte no sólo como el final de la vida y la vida como condición para morir. Un cuerpo, por el mero hecho de estar vivo ya está muriendo. O, como dijo Foucault, la enfermedad y la violencia no atacan el cuerpo desde afuera: “no es por la enfermedad que el paciente muere; es porque puede morir, que puede enfermar o sufrir los efectos de la violencia”⁷.

En suma, el cadáver puede ser pensado como objeto de las marcas del otro, de su goce sexual o violento; como objeto de lectura, resto para releer y reconstruir la historia o la vida del difunto; como última presencia del objeto de amor y objeto del ritual para permitir ese paso de la vida a la muerte.



⁶ FRANCOIS XAVIER BICHAT, citado por Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI Editores, 1991.

⁷ MICHEL FOUCAULT, *op. cit.*

